

El fantasma del tío Paco dijo presente

El fantasma del tío Paco dijo presente, se defendía la abuela cuando comenzaban a burlarse de ella.

La abuela no era médium, ni creía en los espíritus, ni nada de eso. Simplemente un día, dos años después de la muerte del tío Paco, había preguntado quiénes estaban para almorzar. Con la pila de platos en la mano, parada en la cabecera de la mesa preguntó como todos los días: - ¿Ernesto?

- Presente - se escuchó.

- ¿Cristina?

- Ausente -gritó otro.

- ¿José Luis?

- Presente.

- ¿Paco? -preguntó al igual que tantas veces durante los cuarenta años que Paco

había vivido en la casa familiar, hasta que dos años antes lo arrollara un tranvía. Ahora, por costumbre y por error, había repetido su nombre. Todos advertimos la situación y nos sorprendimos al escuchar el estruendo de platos rotos.

- ¡El fantasma de Paco dijo presente! - gritó la abuela- ¡el fantasma de Paco dijo presente! -gritó otra vez y se sentó en la silla más cercana.

A partir de ese día andaba con una ristra de ajos anudada al cuello. Guardaba los vasos boca arriba por miedo a que se movieran en el intento de comunicarle algo desde el más allá y comenzó a poblar la casa de espejos, con el propósito de saber, cuando venían visitas, si se trataba de espíritus o de personas reales.

En el barrio se supo enseguida que la abuela hablaba con los espíritus. No pudimos evitar que la casa se llenara de

gente que quería saber de sus seres queridos muertos y conversar con ellos.

La abuela con tal de ayudar lanzaba preguntas al aire y aguzaba su pésima audición para captar respuestas que llegaban, acaso algo distorsionadas, se atajaba.

Los muertos no tienen mucho para decir, solía ser la conclusión de los vecinos y luego creían que la forma de hablar de los muertos se parecía bastante a la de la abuela. De a poco dejaron de venir.

Hasta que un día, mientras preguntaba quién estaba en la casa para almorzar, volvimos a escuchar el estrépito de platos rotos. Los tíos corrieron y a los chicos no nos dejaron acercar. La abuela se había muerto.

Roberto GÁRRIZ

Señora Hofrat

Está frío y es poco el calor que logro retener aún cuando camino. Son casi las siete de la tarde. En la calle ya no queda nadie. Este recorrido lo conozco de una manera religiosa, ya se lo dije otras veces. Me ajusté el moño, me calé el sombrero y tomé el bastón con firmeza mientras salí de casa a las seis. Previamente revisé cinco veces la puerta para cerciorarme de que la había dejado cerrada. Ajusté una y otra vez el acto, y aunque mi cuenta es certera, la duda me acompañó hasta llegar a su consultorio.

Me gusta el trayecto hacia el barrio Alsergrung, y en la calle principal Berggasse compro el diario. Cruzo en diagonal el empedrado, esquivo un carruaje lujoso tirado por dos caballos. Camino tres cuadras, que a esa altura ya son cincuenta y ocho pasos largos, ininterrumpidos. Agilizo la marcha. No me encuentro bien. Se trata otra vez de la imagen de mi padre en el espejo. Me detengo en ese espejo y mis bigotes me recuerdan a él.

Cuando me acerco a la esquina para cruzar, de reojo la diviso. ¿Es ella? Sí. Aún

Me gusta el trayecto hacia el barrio Alsergrung, y en la calle principal Berggasse compro el diario. Cruzo en diagonal el empedrado, esquivo un carruaje lujoso tirado por dos caballos.

Nota del traductor: Luego de la caída del Imperio, se donaron al Museo Nacional de Austria estos manuscritos fechados en 1909. Dichos manuscritos fueron rescatados por un Oficial que debía quemarlos, pero después de leerlos los ocultó en el sótano de su casa. Ahora forman parte de la cultura. Ni las ratas pudieron con ellos.

Laura GIBILARO

De camino a casa

podría arrancar una vivienda de cuajo y dejar una parte de ella adherida al restaurante vecino? A pesar de no contar con las respuestas para estas preguntas y otras que surgieron, me veo forzado a interrumpir mi contemplación cuando un grupo de adolescentes tratan de contener a un joven que grita desahogado mientras forcejea con ellos. Bastan unas cuantas

En la pared olvidada pueden verse las molduras que permiten inferir algo sobre la distribución de los cuartos pero además algo del estilo, de la decoración.

palabras del chico sujetado y la situación se torna más clara: “dejame que vuelvo y lo mato”. Sus amigos logran detenerlo cuando gira para volver por donde vino. Sin embargo, y como consecuencia de esto, termina con la cara contra la vereda. El colectivo que debo tomar se acerca a la parada. Tengo que llegar a destino, por lo tanto debo subir al ómnibus. A esta hora, la madrugada de un sábado, es complicado conseguir un asiento libre pero el vehículo destartado viene medio

vacío. Me siento del lado que da a la vereda en la que estaba esperando. Me asomo por la ventanilla para ver cómo sigue la situación y veo que el chico continúa en el piso pero tiene a dos jóvenes sobre su espalda. Mientras uno le tiene las piernas, el otro lo sujeta de los brazos. Un tercer muchacho permanece parado a un costado, parece que a éste no le gusta ensuciarse las manos pero le dice a los gritos: “¡Juan! No vale la pena ponerse así por...”. El colectivo arranca y con el ruido del motor, las puertas cerrándose, etc. no puedo terminar de escuchar qué es lo que le dice. ¿Qué fue lo que suscitó semejante escena? Ya no importa, sólo espero que si el flacucho Juan llega a encontrarse con la persona que quería “matar” resulte menos golpeado que por sus amigos.

Nicolás CENZANO

Sandro, Cacho, Pocho (y Johnny)

Hace veinte años, Sandro dejó de ser lo que había sido para ser el que sería. De ser un imitador graso de Elvis pasó a ser un precursor en el camino alternativo a la ruta oficial del rock nacional (Los Gatos, Almendra, Pescado Rabioso). Prueba de ese cambio generalizado de opinión son los múltiples homenajes (discos de covers, reediciones, redescubrimiento de filmografía, etc.) que se le tributan a un grande a punto de irse.

Conforme esa partida se hizo más evidente (y grotesca: Sandro en un recital con bata y una mascarilla de oxígeno, cubierto de bombachas de intrépidas fans; Sandro como Dennis Hopper, como la versión musical y extrovertida de Dennis Hopper en Terciopelo azul), a comienzos de la década de 2000 Cacho Castaña lanza “La vuelta del matador”. Con un sentido algo oportunista y, a la vez, algo decadente Cacho pasa a ser considerado un personaje “interesante”: le preguntan qué piensa de la pena de muerte, cuál es el mayor número de mujeres con las que tuvo sexo al mismo tiempo, etc. Casi el opuesto simétrico de Sandro, Cacho es explícito, reaccionario, mujeriego. Y es, como Sandro, una figura de la música popular desprestigiada que se torna referente extravagante de la cultura.

Con la muerte de Sandro, Cacho toma su lugar. Y ahora, que Cacho está en franca ascendencia, ya se van perfilando sus continuadores. El primero, previsible, Pocho la Pantera (como Sandro, una mezcla de rocker y cantante popular), el segundo, sorprendente, Johnny Allon (que, si se ha de creer a los medios que transformaron a Sandro y Cacho -los programas de chimentos-, de golpe tiene

opiniones, es un *connoisseur* del mundo de la música popular y un posmoderno *avant la lettre*).

Habría que reconocer entonces que, señaladas las diferencias entre los tres (o cuatro) personajes, sus relevos y variaciones, esos individuos, sus personas mediáticas, dependen menos de sus logros que de un lugar vacante en el juego mediático. Esa casilla vacía tiene la forma de un individuo que permita el juego de pasajes y transmutaciones que va de la cultura de masas a la “gran cultura”: Sandro como precursor del punk nacional, Cacho como el pasaje entre el tango y la bailanta (y sus formas de sexualidad), Pocho como la política y la religión, Johnny como Larry King (con sus manierismos y sus revelaciones del mundo bailantero).

Esa función, la “función Sandro”, es un espacio que aparece en la cultura mediática durante la década del noventa: el lugar de la figura popular que, en tanto figura popular, es un prócer. En esa reivindicación, los medios construyeron un panteón amable, en el que se puede imaginar el espesor de las relaciones entre cultura popular, mediática y “alta”. Esos personajes, a diferencia de los “mediáticos” que aparecen en el mismo momento en la pantalla nacional, son a la vez, figuras del mundo y figuras reconstruidas por los medios.

Así, hasta que entremos en otra fase (la revolución mediática popular o el fin de los medios), habrá que escuchar a Johnny Allon: tal vez la verdad del destino de la cultura esté en sus palabras.

Ezequiel DE ROSSO

Eugenia, el búnker y la banda

Me sentiría si dijera que alguno de los que estábamos sentados esa noche en Los leones podía decir los motivos que lo habían llevado, tampoco podía conjeturar algo sobre las razones de cualquiera, ni siquiera de Rainer. La verdad, yo era la prueba. Nadie sabía quién era, nadie podría haber dicho algo sobre mi presencia en la mesa. No entendía lo que hacía en ese lugar, ni lo que los demás querían. Era como si la mesa, las sillas, las jarras de agua y la conversación marcaran la música silenciosa que sostenía nuestra permanencia. Y el cansancio. Esto no era evidente, pero cada vez que intentaba escribir algo para Jorgelina, para Juan, para Peter, entendía de golpe que no había nada que decir, que no pasaba nada, que no esperaba nada. Podía inventar, pero lo que ocurría en realidad era azaroso, sin ningún motivo. Algunas veces eran mujeres -podía hablar con Rainer- otras veces era deseo de hacer algo que fuera más allá de la rutina -podía hablar con Javier-; pero por lo general era la trivialidad de vida que hablaba con Eugenia, siempre de manera indirecta. “Qué cómico”, no importa que Eugenia fuera la superficie y tan insondable. Una presencia, una voz. Mi deseo preciso y difuso. Como dijo ella una vez, “sin mi hermano yo no te interesaría”. Era una frase para provocar halagos de mi parte, pero era verdad también en cualquier otro sentido. Sin tu hermano, sin tu madre, sin tu casa... lo siento Eugenia, no me interesarías. Esa pequeña mujer, caprichosa y sedienta de un amor sin deseo se volvía algo insoportable. Pero recordarla, saber que se estuvo con ella, que su piel fue dibujada por nuestra boca, dejaba sin palabras.

Por suerte Rainer no daba importancia a los vaivenes amorosos de su hermana, de manera que nuestra amistad podía ser algo separado de las agotadoras tonterías de

Eugenia; digna hija de una madre que seguía en busca de un amor que debería estar recordando entre sus amigas, para no decir que era mejor que olvidara su pasado.

Cada tanto Javier callaba y trataba de medir hasta dónde podía avanzar con su informe; yo estaba seguro de que intentaría comprometer de alguna manera a los presentes que ya no lo estuvieran.

Una noche, poco antes de que dejáramos de vernos, fuimos al búnker donde desde hacía un tiempo funcionaba una imprenta antigua que imprimía panfletos para la banda de Javier. Y era Javier quien había citado esa noche a Rainer y los otros. Fui con Rainer de casualidad, porque lo encontré a la salida de su casa. Como se dio cuenta de que venía de estar con Eugenia, esbozó una mueca burlona antes de pedirme que lo acompañara.

En el búnker había más de los acostumbrados. Era una banda parada en rueda frente a un mapa de Santa Fe donde figuraban el río Paraná y el río Salado y algunas localidades.

Santo Tomé, Guadalupe, Las Flores. Javier explicó que la policía había desmantelado un campamento y detenido

a los compañeros acusados de “tacuaristas”. El párroco Luis V. Dusso fue benévolo con esos muchachos que decían Dios, Patria, Hogar cuando en la ciudad se multiplican los prostíbulos y los comunistas. Pero parece que el inspector general Biaggini -según dice Javier que dijo Dusso- quiere defendernos de estos jóvenes que nos defienden de la inmoralidad y del ateísmo.

En ese campamento, según Javier, había una disciplina comparada a la de los comandos de la infantería de marina, impuesta por Casimiro. Un instructor riguroso, agregó. En la casa de Juan, siguió Javier, la policía incautó -me parece increíble- libros de Santo Tomás, Manuel Gálvez, Maurrás y Primo de Rivera. Por suerte no hay heridos ni establecieron ninguna conexión con Joe B.

Cada tanto Javier callaba y trataba de medir hasta dónde podía avanzar con su informe; yo estaba seguro de que intentaría comprometer de alguna manera a los presentes que ya no lo estuvieran. No creo que intentara hacerlo conmigo, siempre me consideró, como decían en el ejército, inútil para todo servicio. Pero Rainer tendría que decidir sin su tío, que desde hacía un tiempo evitaba los encuentros con su sobrino y los amigos que aparecían y desaparecían sin que estuviera claro de dónde procedían. Desde la carta de Joe a Ezcurrea, por más explicaciones sobre el chiste que le hiciera a Rainer, el coronel Cáceres decidió separarse de los agradecidos. Lo ayudó, para su decisión, los coqueteos de la banda de su sobrino con algunos peronistas jóvenes que levantaban la bandera de la muerte de Vallese. Y ni hablar con el coronel sobre las peleas en las playas, con jóvenes judíos de un lado y nacionalistas del otro.

Germán GARCÍA

SABERES COMPARTIDOS

José María Brindisi: El horror de lo cotidiano

Por Marta Menéndez, Menéndez libros, Paraguay 431, Buenos Aires.

Libro Recomendado:

Placebo

José María Brindisi

Editorial Entropía

“Dos mujeres. Dos mujeres bajo el sol, sobre el capot de un auto deportivo, al borde de la ruta. Dos mujeres sobre un Lamborghini amarillo, al borde de algún desvío, en las afueras de Benavídez”, así comienza *Placebo*, con la descripción de una imagen que hacen los ojos del protagonista, un hombre preso de sus obsesiones y que se encamina a la implosión.

El libro cuenta la historia de Becerra, un empresario de 52 años que mira los acontecimientos de su vida desde el interior de un Audi último modelo: una esposa que aborrece, una amante indiferente, un amigo que se está muriendo y un viaje al Tigre que se convierte en el foco de su opresión.

Pero sería poco decir que esta excelente novela es la historia de un hombre agobiado, sobrepasado por lo que le sucede. Es mucho más. Es un profundo análisis del "horror de lo cotidiano". Escrita con una cuidada prosa y en un original estilo que no deja respiro nos lleva de lo onírico a lo real sin especificar el límite, usando el paisaje del Delta y unos personajes mucho más que verosímiles.

(El escritor José María Brindisi presentó su novela "Placebo", acompañado por los autores Oliverio Coelho y Guillermo Piro, en Menendez Libros el 9 de marzo).

Año V - Abril 2011 - Número 57
Muestra gratis

web: www.odradek.com.ar
blog: www.odradek-odradek.blogspot.com
correo: domiciliodesconocido@odradek.com.ar

- *Bueno, ¿cómo te llamas?*

- *Odradek- dice él.*

- *¿Y dónde vives?*

- *Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.*

Franz Kafka

Los muertos de Fondiú

Y el último descubrimiento que la NASA no quiere dar a conocer es el del planeta ese tan parecido a la Tierra, que queda en una galaxia que está al lado nomás de la Vía Láctea. Fondiú se llama el planeta, y parece que nació el mismo año, incluso el mismo día que la Tierra, y bajo las mismas circunstancias; por eso es tan igual. Tiene las mismas cadenas montañosas, los mismos ríos y volcanes, y hasta llegaron a ver una avenida Rivadavia idéntica a la nuestra allá en Fondiú.

Yo no sé por qué no cuentan estas cosas si tarde o temprano la información se filtra y es peor, porque todos empiezan a hablar pavadas. Mejor sería que el presidente de Estados Unidos se animara y diera un discurso o algo. Porque esto en Houston, en los barrios aledaños a la NASA, ya lo sabe todo el mundo.

Y lo que se dice es que hasta tienen a un fondiúcola en algún lugar de Cabo Cañaverl que es igualito igualito a cualquier tipo que te podés cruzar en Morón o acá en el súper de enfrente. Debe haber chinos allá también y albinos y todo, lo mismo que acá. Y debe haber alguien nuestro allá, y otro alguien que ya se lo esté contando todo a otro, como yo a vos. Porque con Fondiú compartimos la historia, hemos evolucionado de la misma manera, tenemos los mismos problemas. Pero hay algo en lo que somos muy distintos nosotros de ellos, y es en la muerte. Porque si acá hacemos el funeral o lo que sea y después hay que ocuparse del cuerpo, allá cuando el corazón deja de latirles, cuando se enfrían digamos, el cuerpo pffft, desaparece.

- ¿Se hace polvo?

- No, iqué polvo! De-sa-pa-re-ce. Donde estaba el cuerpo pasa a haber aire... y el espíritu se va al centro mismo de Fondiú. O sea que el núcleo de Fondiú está compuesto por hierro, níquel y espíritus, y esa es otra diferencia respecto de la Tierra.

- ¿Y cómo saben que los espíritus se van ahí?

- Porque los espíritus de ellos hablan, se comunican a viva voz a través de unos agujeros de un metro de diámetro aproximadamente que hay distribuidos en algunos puntos neurálgicos de Fondiú. Por esas fosas naturales llegan los ruidos y palabras de los espíritus, claro que con todos los muertos que tienen desde el principio de su historia es muy improbable que alguien justo escuche a un pariente, ni tampoco a un conocido. Por ahí acercan la oreja y les llega el llanto de un tipo que falleció hace un segundo en otro punto del planeta o las incoherencias de una vieja de hace miles de años.

- ¿Y nadie se pregunta qué pasa con los cuerpos?

- Claro que se lo preguntan, pero si supieran la respuesta serían Dios, ¿no te parece?

Yanina BOUCHE

Fotografía

Ir a la estación a esperar el tren convertía la vida cotidiana en una serie de hechos extraordinarios.

Sucedía a comienzos del año, no un día preciso.

A excepción de ese día, en el que la espera se hacía interminable, el tren siempre llegaba a la misma hora. Llegaba, cargaba nuevos pasajeros mientras depositaba a otros en la estación y antes de volver a partir avisaba de todas las maneras posibles, con chirridos y olores que nos envolvían y asfixiaban tanto como los abrazos. Las despedidas, más que las llegadas, solían ser fatales. Podía uno morir ahogado en medio de apretones que se hacían eternos, y las caras quedar marcadas con las costuras de los abrigos.

Regresábamos a casa en auto. Yo tenía que zambullirme en el asiento de atrás cuanto antes y hundir la nariz en el respaldo. El perfume del cuero me curaba de los saludos demasiado intensos y del humo del tren.

Del andén al pedregullo del estacionamiento había que saltar escalones faltantes de cemento. Si veníamos de despedir a alguien, si volvíamos solos, algún tobillo invariablemente sufría una torcedura y quedaba resentido. Si en cambio, primero el auto y después la casa, se poblaban con el parloteo de los recién llegados, si habíamos ido a buscarlos, la anatomía de los cuerpos parecía resistir como en una batalla.

De pronto me rodeaban sujetos invencibles que sostenían los jarros calientes sin quemarse, podían seguir varios hilos de conversación simultáneamente y recitar

preocupaciones y escándalos sin perder el apetito. La repetición de los relatos, noche tras noche, impartía un júbilo teatralizado a los murmullos que llegaban hasta mi cuarto.

Durante el día, lejos del horario del tren, se organizaban excursiones por encima y a lo largo de las grandes extensiones de vías que ahora surcaban el pueblo, subían las montañas, avanzaban por túneles debajo del mar y atravesaban ciudades que aún nadie había hecho. Mi padre, uno de los ingenieros de la obra, guiaba orgulloso. Emprendía la marcha como estaba, sin camisa.

Un día nos tomaron una foto. Es la foto que está en la sala principal de la estación del ferrocarril.

Nora MARTÍNEZ